

HOMILÍA DE MONSEÑOR RODOLFO QUEZADA TORUÑO EN EL ANIVERSARIO DEL ASESINATO DE MONSEÑOR JUAN JOSÉ GERARDI CONEDERA

S.I. Catedral Metropolitana, 26 de abril de 2003

Queridos hermanos y hermanas en el Señor

Todavía nos encontramos en la octava de Pascua. La celebración anual de la Pascua del Señor llena nuestro espíritu de la más profunda alegría, ilumina nuestra mente y enciende en mayor amor nuestro corazón por El Resucitado. En esta tarde de sábado iniciamos ya la celebración del domingo. Fundamentalmente, mis queridos hermanos y hermanas, las lecturas bíblicas que hemos escuchado nos anuncian que es posible la esperanza y que la fe es capaz de transformarnos de manera radical.

1. Jesús Resucitado se aparece a sus discípulos que permanecen encerrados a causa del temor, los saluda con la paz y los envía a ser mensajeros de perdón y de reconciliación. Pero ellos no son sólo mensajeros de una propuesta de vida, porque Jesús mismo les da el Espíritu Santo, enviándolos a comunicar la vida misma de Dios que transforma los rencores en perdón, los egoísmos en solidaridad y las rivalidades en fraternidad. Aquella primera comunidad de creyentes, que escuchó el mensaje apostólico, se transformó de tal modo gracias a su fe en Cristo Resucitado, que ya no había disensiones entre ellos, sino que todos pensaban lo mismo porque acogían como norma de vida la palabra de los apóstoles y hasta ponían sus bienes en común para indicar que atrás habían quedado las rivalidades y egoísmos y que se proponían a vivir como hermanos.

La propuesta quizás nos parezca hoy día irrealizable. El mensaje quizás resulte inverosímil. En realidad no somos los primeros en poner objeciones. Tomás, uno de los Doce, no estaba con sus compañeros cuando se apareció el Señor por vez primera. Dudaba de la veracidad del testimonio de sus amigos y pretendió tener una certeza tangible: *"Si no veo las señales dejadas en sus manos por los clavos..., si no meto mi mano en la herida abierta en su costado, no lo creeré"*. Ocho días después de su resurrección, el Señor Jesús se le hizo visible. Y lo invitó a tocar. Tomás creyó y confesó a Jesús como a su Señor y a su Dios *"Señor mío y Dios mío"*. Pero escuchó igualmente el reproche de Jesús *"Tú has creído porque has visto. Dichosos los que han creído sin haber visto"*. Creer sin ver los que acogen el mensaje de vida que nos anuncian los apóstoles y dejan que el mensaje transforme su vida y actúan después de tal modo, que con el empuje de su fe y de su apostolado, transforman la vida de sus hermanos.

2. Hoy nos hemos reunido en esta Iglesia Catedral Metropolitana para recordar a un hombre de fe, a un testigo de la fe, a nuestro hermano en el episcopado y obispo auxiliar de esta Arquidiócesis de Guatemala, monseñor Juan José Gerardi Conedera. En primer lugar, nuestro recuerdo es oración por su eterno descanso. Es la tradición piadosa de la Iglesia Católica: en el aniversario de la muerte de nuestros difuntos: ofrecemos a Dios oraciones y

sobre todo el santo sacrificio de la Misa para pedirle el perdón y la vida eterna para aquellos que en vida guiaron sus pasos de acuerdo con el Evangelio. Estamos seguros que monseñor Gerardi, un hombre de fe que siguió a Jesucristo radicalmente, se encuentra ya gozando de la eternidad de Dios.

También oramos esta tarde para que todas aquellas virtudes de nuestro hermano, que lo llevaron a hacer el bien y a transparentar en sus obras su fe en Cristo, sean motivación para que otras muchas personas quieran seguir también a Jesús. Oramos para que las virtudes cristianas de monseñor Gerardi, -especialmente su profundo amor a la verdad, su denodado espíritu de justicia, su entrañable amor a Dios y a los más necesitados-, sean motivación para que muchos otros sigan más de cerca a Jesucristo, nuestro camino, verdad y vida. Que el Espíritu Santo se valga de la ejemplar entrega de monseñor Gerardi a Dios y a los pobres para suscitar en muchos jóvenes el deseo de ofrecer su vida al ministerio sacerdotal: no deja de ser muy significativo que hoy por la mañana en esta misma Iglesia Catedral, hayan recibido la ordenación presbiteral cuatro diáconos arquidiocesanos, quienes quisieron ser ordenados presbíteros en este día. Que el servicio a todos y en particular a los más pobres, connotaciones que marcaron a lo ancho y a lo largo de la vida de monseñor Gerardi, inspire a sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos a imitar radicalmente a Jesús que vino a servir y a dar su vida en rescate por todos. Que el trabajo realizado por monseñor Gerardi en el campo de los derechos humanos y en la búsqueda de la verdad, nos motive a todos los creyentes a poner nuestros ojos en Jesucristo que nos llama a reconocer en todo prójimo a un hermano y a buscar siempre la verdad, pues en la verdad se realiza la justicia y el amor. Oremos, pues, para que la memoria de monseñor Gerardi inspire en todos nosotros un seguimiento más intenso, más comprometido y más radical de Jesús y el Evangelio.

3. Monseñor Gerardi fue cruel y brutalmente asesinado. Su muerte no ha sido esclarecida del todo. Es más, pareciera que el proceso y el juicio para determinar responsabilidades se caracteriza más por el propósito de entorpecer la investigación que por buscar la verdad. Tampoco la violencia ha estado ausente del proceso y este año debemos lamentar la muerte de algunos testigos procesales. Asimismo, hemos lamentado y condenado enérgicamente la muerte en la cárcel de uno de los acusados, sin que todavía llegara a esclarecerse definitivamente su responsabilidad. Nuestra oración por él.

Siempre hemos dicho que queremos saber la verdad, sea cual fuere, porque estamos plenamente convencidos que sólo sobre la verdad es posible otorgar el perdón. Que lo oigan los todavía ocultos y cobardes autores intelectuales del crimen. Que lo sepan claramente quienes se esfuerzan por confundir a la opinión pública sobre los verdaderos móviles del crimen. Con toda serenidad, en este día, en el quinto aniversario de este horrendo crimen, como Arzobispo Metropolitano, reitero la postura de la Arquidiócesis de Guatemala: estamos dispuestos a otorgar el perdón, pero queremos saber a quién hay que perdonar y de qué. Queremos la reconciliación que supera el pasado y abre la posibilidad de un mejor futuro, pero tenemos derecho a saber el pasado que hay que superar y el futuro que es posible construir. Esta es la razón principal por la cual el Arzobispado de Guatemala se ha constituido en querellante adhesivo. En esta conmemoración puedo asegurarles, queridos hermanos y hermanas que, mientras el Señor me permita ser el pastor de esta Arquidiócesis de Santiago de Guatemala, en unión con mis hermanos los obispos de la Conferencia

Episcopal, no escatimaré esfuerzos para que se haga justicia a un hombre justo, como lo fue monseñor Gerardi, a pesar de las presiones para desistir de esta querrela. No nos anima el más mínimo espíritu de venganza. Solamente queremos saber la verdad de este horrendo crimen.

4. Queridos hermanos y hermanas: La resurrección de Nuestro Señor Jesucristo sostiene nuestra convicción de que nuestro mundo se sostiene por el amor de Dios *"Esta es la fuerza victoriosa que ha vencido al mundo: nuestra fe"*, nos dice hoy el apóstol San Juan en la segunda lectura. Vencemos al mundo cuando la fe en Cristo Resucitado nos impulsa a superar los rencores con el perdón, a transformar el egoísmo en solidaridad, a sustituir la violencia por el derecho y la ley, a cambiar la desesperanza por la confianza de que el futuro está en manos de Dios. La Pascua del Señor tiene que ser siempre mensaje de esperanza. Que esta Celebración Eucarística nos renueve a todos para seguir dando testimonio en nuestra sociedad de que hacer el bien, vivir con rectitud cumpliendo los mandamientos de Dios, esforzándonos por lograr la justicia y la verdad, ofreciendo el perdón y vislumbrando un futuro de paz son acciones que encuentran su raíz última y su motivación real en la fe firme de que Cristo ha resucitado, al tercer día, como lo había anunciado, para darnos así el testimonio máximo de que había sido enviado por el Padre para salvarnos del pecado.